

**CUENTO N° 300**

**TÍTULO: ANTES DE AYER**

**SEUDÓNIMO: DESOT**

**AUTOR: MARCE HUGO CONTRERAS MONDACA**

## ANTES DE AYER

Desot

Nací con la Segunda Guerra Mundial, exactamente la Noche de los Cristales Rotos, pero muy lejos, en el Valparaíso que ahora solo está en los recuerdos y en una que otra novela, tal vez por eso aprendí a identificar el invierno con la sirena de la Boya del Toro, la noche con los destellos del faro Punta Angeles y el verano con los cerros temblando con los dedales de oro y la Guerra con dos vecinas que compraban llorando en el almacén, lágrimas por sus maridos muertos en un mercante hundido por un submarino alemán; las noticias que comentaban mis hermanos mayores con papá. Me acostaban temprano y desde mi camita veía como Viole, mi hermana y mamá cubrían las ventanas con diarios, papeles que a veces caían de una esquina y yo me adormecía mirando los reflectores que buscaban posibles bombarderos enemigos volando por encima de Valparaíso totalmente a oscuras. El conflicto nos tocaba de lejos, pero hasta hoy me duele algo que comprendí demasiado tarde: un hombre flaco, de sonrisa humilde y tenue, siempre vestido con un abrigo plumizo y largo, una de las mangas vacía y en la otra, cosida, una insignia redonda y roja, con unos números bordados en amarillo. Pedía limosna y una vez mi madre me mandó a decirle que nada teníamos para darle (- ¡Después se acostumbraría! - se justificó mamá). Era, lo supe mucho después, un veterano sobreviviente de la Guerra del Pacífico.

Éramos cuatro hermanos y Viole, yo el menor lo que hacía que todos me dieran instrucciones y más de un “coschacho” cuando lo consideraban necesario, todos menos Alfredo quien, atribulado porque nuestra mamá estaba embarazada cerca de los cuarenta años, motivo de vergüenza para la época, se fue de la casa, sin embargo, cuando fui menos niño, me tuvo varias veces en su hogar, en Santiago, porque a mi madre le parecía que a mis bronquios no les iba bien el clima de Playa Ancha donde un día decidieron los hombres de la casa, en contra de la opinión de Violeta y Mamá, que yo tenía que ir a una escuela en el Plan (pregúntale a un porteño qué es eso). Me embarcaron en una micro que roncaba al bajar y tosía al subir. Era, para mí, una expedición a la selva, pero me dio un par de ventajas, conocí u mundo nuevo y no me siguieron dando la diaria cucharada de aceite de hígado de bacalao que me parecía lo más horrible de la

niñez aunque, cuando descubrí que en el envase había la figura de un hombre cargando un enorme pescado a la espalda, hombre vestido con sudeste, botas de mar y una pipa, igual como el vecino que, cuando arreciaba un temporal y la sirena del Bota Salvavidas pedía auxilio, pasaba frente a nuestra ventana bajo el aguacero; entonces Violeta me convenció de que cuando grande, si me tomaba sin asco el aceite sería fuerte como el Capitán Christiansen.

Y a propósito, también durante una tormenta, pero de noche, nos despertaron fuertes golpes dados en la puerta de la casa de al lado en la que vivía una familia con apellido alemán. Días después nos enteramos del motivo del ruido. El marido, capitán de un carguero, regresaba del otro lado del mundo cuando, ya a la cuadra del Puerto, el mar embravecido lo encalló en Laguna Verde, playa entonces deshabitada y cercana a nuestro barrio. El jefe, viendo que era inútil todo esfuerzo decidió que la tripulación incluyéndolo a él, caminará yéndose a dormir a sus respectivos hogares. Los armadores del buque, tal vez unos románticos, pensaban que el capitán debía hundirse abrazado al timón y por eso al vecino lo despidieron sin más vueltas.

Ahí, en Playa Ancha, nos conocíamos todos, aunque a veces, como sucedía con los hijos del capitán cesante, las madres nos prohibían jugar con alguno, en ese caso con los niños de apellido germano, aunque tan chilinizados como nosotros; por eso cuando carabineros en caballos enormes tomaron preso al Carlitos, hijo de la señora de enfrente y lo sacaron de madrugada, atado y con poca ropa, nos pareció extraño el suceso, Mi hermano, Hernán, me llevaba a pasear a los bosques de más arriba de Playa Ancha, desde donde se apreciaba la curvatura del horizonte y el oleaje golpeando en los precipicios en los que se rumoreaba estaban escondidos tesoros, botines de los piratas que asediaron Valparaíso en tiempos de la Colonia. Decían que había cavernas accesibles nada más que por el mar y botes conducidos por pilotos muy diestros, en donde aguardaban rescate doblones de oro y joyas fabulosas. Parece que alguien al fin, penetró en alguna de las grutas y encontró, efectivamente, tesoros, pero consistentes en licores, ropas y cigarros con importación prohibida por la guerra y acumulados allí por Carlitos, el de enfrente y sus secuaces, ninguno de los cuales tenía pata de palo ni parche tapando una cuenca vacía.

Y en el almacén contaban que, a la cabeza encontrada en el basural cercano, le faltaban los dos ojos y una de las orejas. Alguien dijo que tal vez era una de las víctimas del asesino francés enterrado en el cementerio de Playa Ancha, pero pronto eso se olvidó porque la primera página del diario publicó, entera, la fotografía de un soldado caído, era el último muerto de la Segunda Guerra Mundial. Aquella noche mamá nos dio postre y mis hermanos me abrazaron, seguramente porque yo sí que iba a vivir en un mundo en paz.

////////////////////////////////////

.